

Bruno y Ciconilla

En un lugar de la baja Extremadura cuyo nombre recordaré siempre vive una cigüeña llamada Ciconilla, nombre por el cual la llamaban desde pequeña. Ahora se ha convertido en una cigüeña grande y esbelta, su plumaje es de un blanco immaculado y el final de sus alas, de un negro azabache. Su cuello fino y alargado le hacen un ave muy elegante. Su pequeña cabeza con unos ojos negros almendrados y su largo pico rojizo, junto a sus finas y largas patas, hacen que tenga una belleza única. A Ciconilla le encanta volar, con ese vuelo sereno y firme que la hace inconfundible. Es una madre protectora, cada día busca alimento para sus crías y mantiene el nido limpio y acogedor. Ciconilla vive en lo más alto del Ayuntamiento de un hermoso pueblo blanco llamado Llerena, lugar que escogió por su belleza y clima cálido. Ramita a ramita que recogía de los vastos campos de la Campiña, fue construyendo su nido y formando parte del paisaje de la preciosa plaza del pueblo. Cada mañana despierta a sus crías y a los vecinos del pueblo con su llamada decidida y poderosa y sobrevuela la Sierra de San Miguel en busca de lombrices y gusanos para el desayuno.

En el pórtico de la iglesia, junto al Ayuntamiento, cada tarde Bruno se sienta a dibujar, tan solo

acompañado de un lápiz, una vieja libreta y unos prismáticos que le cuelgan del cuello. Bruno es alto y delgaducho, de piel blanca y algo demacrado. Tiene unos preciosos ojos, cada uno de un color, verde y azul, y una profunda y misteriosa mirada.

Siempre va vestido con una sudadera blanca y negra con una capucha que le cubre la cabeza, pero que deja entrever su nariz aguileña y una larga coleta de color castaño con un mechón blanco. Lleva unos pantalones anaranjados, rotos a la altura de sus huesudas rodillas. Bruno es un chaval solitario, tímido, de mirada triste, ¿qué secreto esconderá Bruno?

Bruno nació un hermoso día de abril en el hospital del pueblo, desde la ventana se veía el color ya amarillento de los campos y se oían a cientos de pájaros cantar su sinfonía primaveral.

De repente, un ruido seco despertó a Bruno recién nacido. Un pájaro desvió su vuelo de forma extraña y se estrelló contra la ventana. Todos en la habitación dieron un respingo y Bruno comenzó a llorar y a agitar los brazos.

Su abuelo lo cogió cuidadosamente y decidió curar al que sería a partir de entonces el mejor amigo de Bruno.

Siete años después, Clingo y el niño jugaban cada día en el jardín de la casa familiar, donde el abuelo, carpintero jubilado, había construido una casa para aves en la rama más alta de un limonero.

Bruno pasaba mucho tiempo con Clingo y descubrió que los pájaros se comunicaban por silbidos. Investigó en internet y aprendió el idioma de las aves, esta increíble habilidad se convirtió en su gran secreto y desde ese momento, Clingo en su fiel y único amigo.

Llegó el invierno y Clingo enfermó, nada pudieron hacer por él, su mejor amigo le había dejado para siempre. Bruno sintió un dolor intenso, su corazón parecía haberse roto, sus lágrimas no cesaban de brotar de sus ojos y lo único que le consolaba era dibujar a su pájaro amigo una y otra vez, eso le hacía sentir que aún seguía a su lado.

Un día soleado de primavera Ciconilla escuchó desde su nido un extraño revuelo, una actividad que no era habitual en las tranquilas mañanas del pueblo. Unos hombres vestidos con trajes negros y corbatas, portando unos maletines, bajaban de unos lujosos coches con chóferes. Se dirigían decididos al Ayuntamiento y señalaban con gesto serio el hogar de Ciconilla.

La cigüeña preocupada empezó a sentir cierto temor e inquietud. Nerviosa, comenzó a sobrevolar su nido, su casa, el lugar donde sus crías descansaban, allí se encontraba tan a gusto, y presintió entonces que su felicidad corría peligro.

Ciconilla había observado al extraño chaval desde su nido, cada tarde, en la entrada de la iglesia. Sentía una gran curiosidad por saber que ocultaba Bruno y

aquella tarde decidió, acercarse a hablar con él. Suavemente se posó a los pies de Bruno y tocó con su pico la cabeza del chico.

-¡Hola!- saludó educado Bruno como si de una señora mayor se tratara.

Ciconilla abrió los ojos impresionada, pues había entendido perfectamente lo que Bruno le decía.

¿-Cómo te llamas? - le preguntó el chico, también cada vez más impaciente por ver la reacción del animal.

-Eres la cigüeña que vive en aquel nido- dijo señalando el tejado del Ayuntamiento.

-Si, me llamo Ciconilla - dijo sacudiendo nerviosa su largo pico.

Entonces, en ese mágico instante se le ocurrió una gran idea.

Días después, Ciconilla volvió a encontrarse con Bruno en el pórtico de la iglesia. Le contó que se había reunido con otras cigüeñas que habitaban en las iglesias del pueblo: Santiago, Santa Clara, la Granada y también con aquellas que habían construido sus nidos encima de antiguos edificios. Les transmitió su preocupación por la misteriosa y repentina aparición de esos hombres que ella creía que tramaban algo relacionado con sus nidos.

-Bruno por favor, averigua que quieren hacer con nuestros nidos y me lo cuentas, estoy muy intranquila y necesito información, el resto de las cigüeñas me esperan mañana.

-No te preocupes, amiga, conseguiré respuestas.

A la mañana siguiente, Bruno se levantó temprano, se sentía nervioso, impaciente y muy entusiasmado, porque iba a hacer algo muy importante por su nueva amiga.

Cuando sonó el despertador a las ocho de la mañana, dio un gran salto de la cama , desayunó una enorme tostada de jamón y aceite de oliva , cogió su mochila y calle de Santiago abajo, anduvo con paso decidido hacia la plaza de España. Una vez allí, dio un suave silbido para avisar a Ciconilla que su plan estaba en marcha,.

Subió de dos en dos las escaleras que dirigían al despacho del alcalde y pudo escuchar acercando la oreja a la puerta que los hombres de negro tenían un horrible proyecto que obligaba a las autoridades a retirar los nidos de cigüeña de los edificios, porque los deterioraban y ensuciaban. Además consideraban que había peligro de que parte del tejado donde anidaban Ciconilla y sus compañeras se derrumbara. El traslado de los nidos era inminente, por tanto Ciconilla y el resto de la población de cigüeñas de Llerena debían mudarse a otro lugar.

Bruno, furioso y sin pensarlo dos veces, abrió con ímpetu la pesada puerta e irrumpió en el despacho del alcalde pidiendo justicia para Ciconilla.

-¡Soy Bruno amante de los pájaros!- dijo el chico mostrando su viejo cuaderno lleno de hermosos

dibujos de pájaros: golondrinas, herrerillos, tordos, perdices, patos, zorzales, palomas, mirlos, búhos, buitres, grullas y por supuesto Ciconilla.

- He escuchado lo que pretenden hacer con los nidos de las cigüeñas; ellas forman parte de nuestro paisaje, son hermosas aves que aportan una gran belleza a nuestros cielos...!

Las personas allí reunidas anonadadas por la fuerza con que ese chico defendía a las cigüeñas le pidieron educadamente que se sentara.

-¿Han pensado cómo se sentirán si trasladan sus nidos? Desprotegidas, perdidas, desalojadas, ¡pónganse en su lugar!-insistía Bruno cada vez más excitado.

Uno de los hombres de negro lo miró con una tierna sonrisa y le preguntó:

-¿Qué propones, chico pájaro?

Aquellas palabras le calmaron y el apodo por el que lo llamó el desconocido le hizo sentir bien, se acordó de Clingo su gran amigo.

-Es importante que busquemos una solución en la que vecinos y cigüeñas podamos convivir en armonía. Estas aves ya no emigran en invierno y viven con nosotros todo el año. Tengamos en cuenta el medio ambiente, ¡conservemos estos nidos!

A los allí reunidos les convenció la fuerza con la que Bruno defendía sus ideas y sabían que no se marcharía hasta encontrar una solución justa.

Horas más tarde Bruno atravesaba triunfante la puerta del Ayuntamiento pensando satisfecho: quien la sigue, la consigue. Esa frase siempre se la repetía su abuelo

cuando ante una dificultad él quería rendirse. En ese instante había experimentado la satisfacción que da conseguir algo tras un duro esfuerzo. Su amor por los pájaros, por la naturaleza y por su pueblo le habían llevado a conseguir lo que creía más justo.

Ciconilla sobrevolaba expectante el cielo de la plaza y cuando divisó a Bruno se lanzó empicado hacia él.

Bruno con una enorme sonrisa le contó lo sucedido, esa noche ambos durmieron felices.

Semanas después los bomberos retiraban cuidadosamente los pesados nidos de las iglesias y los edificios y colocaban fuertes estructuras metálicas para colocarlos encima y así evitar el contacto con los tejados y preservarlos. Así las cigüeñas no tendrían que mudarse. Los vecinos comentaban satisfechos la labor de las autoridades y Ciconilla y sus amigas disfrutaban de su nuevo hogar. Bruno continuaba acudiendo cada tarde a la Iglesia a dibujar y de vez en cuando charlaba con su nueva amiga, miraban al cielo y pensaban: ¡qué hermoso es convivir en armonía!